



Jeremy Armstrong, *War and Society in Early Rome. From warlords to generals*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016, xiv, 317 pp. [ISBN: 978-1-107-09357-7].

Jeremy Armstrong (J. A.), profesor de la Universidad de Auckland, presenta en esta extraordinaria monografía una versión revisada y actualizada de su tesis doctoral, leída en 2009, que aborda la complejísima cuestión de la reconstrucción de la guerra y el ejército romanos en el período monárquico y temprano-republicano. Dos aspectos básicos de su planteamiento merecen ser señalados. El primero es que, en línea con los recientes estudios de historia militar aplicados al Mundo Antiguo, J. A. se aleja del modelo tradicional de la “historia de las guerras” y abraza las actuales corrientes metodológicas que abordan la reconstrucción de la guerra a partir de (y en estrecha relación con) la reinterpretación de las estructuras y formas de organización sociales y políticas. El libro, así pues, es tanto o más un trabajo de reinterpretación de la articulación social y política de Roma dentro del ámbito geográfico del Lacio que un análisis de la organización militar romana. El segundo aspecto es que se centra en un periodo particularmente complejo en la historia de Roma, que se delimita entre *ca.* 570 y 338 a.C. (pp. 13-16), y que ha sido profundamente revisado y replanteado desde hace al menos tres décadas. J. A. sigue así la estela de otros autores (como Cornell, Flower o Forsythe), tratando de revisar de forma crítica las fuentes literarias y combinarlas con la información proporcionada por la arqueología para presentar “un nuevo paradigma para la comprensión tanto de la sociedad como de la guerra romana temprana” (p. 17).

El libro se articula en 6 grandes capítulos. Los dos primeros abordan las cuestiones, respectivamente, de las fuentes (cap. 1) y de la síntesis de la sociedad y la economía de Roma en el siglo VI a.C. (cap. 2), mientras que los cuatro restantes desgranar la reconstrucción y reinterpretación de la sociedad, la política y la guerra romanas en cuatro bloques cronológicos: la fase final de la monarquía (*ca.* 570-509, cap. 3), las primeras décadas de la república hasta el nombramiento de los *decemviri* (509-452, cap. 4), el período hasta el saqueo de Roma por los galos (452-390, cap. 5), y la fase final hasta la disolución de la Liga Latina (390-338, cap. 6). A ello se suman unos apartados de Introducción y Conclusiones, una extensa y pormenorizada bibliografía y un índice analítico. En la Introducción, J. A. presenta su planteamiento y objetivos, y detalla su metodología de trabajo, partiendo de una presentación preliminar de los problemas y dificultades que rodean el estudio de las fases más tempranas de la historia de Roma, repasando de manera somera el desarrollo del debate académico en el último siglo. Se trata de un apartado muy ilustrativo, que ofrece información abundante y compleja de forma concentrada pero convenientemente ordenada y sostenida con numerosas referencias. Su lectura es muy recomendable como introducción a los problemas historiográficos de la Roma temprana.

El primer capítulo presenta un análisis crítico y exhaustivo de las diversas fuentes para la reconstrucción de la sociedad y la guerra romanas, desde las tradiciones

orales y literarias a los diversos tipos de testimonios arqueológicos. J. A. considera esta tarea obligatoria para “cualquier especialista que se aventure en las procelosas aguas de la Roma temprana” (p. 18), y él mismo la lleva a cabo con gran dedicación. Con respecto a las tradiciones literarias, presenta incluso una serie de reflexiones metodológicas para su eficaz interpretación (pp. 36-39), en las que se alinea junto a autores como Cornell en el esfuerzo por reinterpretar las fuentes, aceptando la estructura básica de la tradición analística y tratando de despojarla de las visiones e interpolaciones anacrónicas de los autores tardo-republicanos. Al igual que otros especialistas, J. A. busca en esta obra una manera propia de combinar la información literaria y arqueológica para generar planteamientos e interpretaciones nuevas y más rigurosas.

La síntesis de la situación de Roma en el siglo VI a.C. que J. A. presenta en el capítulo 2 aborda cuestiones de sociedad, política, agricultura, comercio y guerra, y presenta lo que el autor denomina una sociedad “dual”, dividida en dos segmentos en torno a diversos ejes: por un lado, una sociedad de tipo gentilicio frente a otra no-gentilicia; por otro lado, una élite rural cuyo ámbito de referencia es el Lacio en su conjunto frente a una sociedad urbana circunscrita a los diversos asentamientos (Roma entre ellos); y, finalmente, un segmento móvil y organizado en torno a actividades guerreras frente a otro más sedentario articulado en instituciones primitivas como las curias o las tribus. J. A. sitúa a Roma dentro del contexto más amplio de la región del Lacio, no solo como entorno físico y cultural, sino como ámbito de referencia de la élite romana, que sería más bien una élite “latina” o incluso, sostiene, “centro-italiana” (p. 73).

En el capítulo 3, J. A. analiza la organización social y militar de la fase final de la monarquía, incluida la llamada “reforma serviana” y sus numerosos problemas, a la luz de su hipótesis sobre la sociedad “dual” y “latina” de la Roma temprana. En ese sentido, resalta el carácter anacrónico de las tradiciones sobre la reforma censitaria de Servio Tulio, y propone que, lejos de suponer un indicio de la consolidación de las estructuras centralizadas de una comunidad urbana, la reforma implicaría en cambio la plasmación de los intereses de las élites gentilicias rurales y su incorporación, en una posición dominante, a las instituciones de la comunidad. El autor pone en relación la organización militar romana con la movilidad y el militarismo de las élites rurales del Lacio, reforzando así la visión de autores como Cornell o Rawlings de un contexto dominado por *condottieri*, grandes jefes de tropas o *warlords*, que recorren la región junto con sus huestes de clientes y seguidores. En ese panorama comenzarían a consolidarse los grandes asentamientos y centros urbanos del Lacio, pero J. A. descarta la posibilidad de una temprana falange romana (como mantiene la visión tradicional).

El capítulo 4 busca elementos de continuidad en la guerra en el periodo de implantación de la República: J. A. concluye que la eliminación del *rex* no supuso una grave alteración en las formas de combatir, pues la guerra seguiría consistiendo durante las décadas siguientes en expediciones de saqueo por parte de las élites rurales, que ahora se turnarían en el ejercicio del poder gracias a las nuevas instituciones republicanas. El autor apunta, sin embargo, que el centro urbano comenzó a aglutinar las actividades de la élite y que la comunidad comenzó a actuar de forma más cohesionada, mientras que el poder de los *condottieri* rurales, en absoluto disminuido, se integraría en las instituciones de la comunidad para aspirar a nuevos y más ambiciosos objetivos, surgiendo de manera gradual una élite terrateniente que ya no sólo

explota, sino que también controla el entorno rural. El resultado de esos procesos, a finales de esta fase, sería la lenta aparición de un ejército cada vez más unificado que destinaría más energía a la expansión y adquisición territorial.

La siguiente fase, analizada en el capítulo 5, supondría, según J. A., la incorporación de la plebe a la primitiva estructura republicana, dominada por las élites rurales (una “federación de élites gentilicias”, pp. 130 y 183), que había surgido en la etapa anterior. Como J. A. reconoce, el declive en la información arqueológica provoca que la reconstrucción de esta fase deba hacerse con un apoyo mayor en las fuentes literarias, con los numerosos problemas que ello conlleva, pero la profunda reorganización política que describen las fuentes en el siglo V a.C. (con la aparición del primer “código” legislativo y la creación de numerosas magistraturas) se puede interpretar, según el autor, como un largo proceso de integración entre la población urbana (“plebeya”) y la población rural (“patricia”) en un único sistema político. Este proceso tendría consecuencias profundas en la guerra, con un ejército romano más centralizado y una dinámica bélica cada vez más inclinada hacia la conquista.

El capítulo 6 analiza la última fase de este proceso hacia un estado romano centralizado, con “el nacimiento de la sociedad romana republicana y del ejército romano republicano tal y como los entendemos hoy día” (p. 233). J. A. estudia la forma en la que esta comunidad integrada se enfrentó a la amenaza gala y salió reforzada hasta el punto de pasar a relacionarse con sus vecinos del Lacio en un plano de superioridad y a convertirse en la potencia principal de la Italia central. El ejército respondería a estos estímulos atravesando una serie de adaptaciones (adopción del equipamiento republicano, introducción del manipulo, evolución de las magistraturas militares e introducción del consulado) que darían lugar a la conocida estructura militar romana. A mediados del siglo IV a.C., los *condottieri* latinos y sus huestes de seguidores darían finalmente paso a los generales electos y sus ejércitos de ciudadanos romanos.

En síntesis, el trabajo de J. A. plantea una serie de cuestiones cruciales sobre la articulación de la sociedad romana y su evolución, el desarrollo de las instituciones, la construcción de las comunidades y el funcionamiento de las estructuras gentilicias en un período extraordinariamente problemático por la naturaleza y calidad de las fuentes. Siguiendo los planteamientos críticos de la nueva historiografía, que cuestiona las tradiciones literarias, reconsidera la naturaleza de la comunidad romana e integra a la Roma monárquica y temprano-republicana dentro del circuito de relaciones sociales, económicas y políticas del conjunto del Lacio, J. A. presenta una visión alternativa sobre la evolución de la guerra y el ejército romano que, no exenta de polémica, será con seguridad objeto de análisis y debate en los próximos años.

Fernando Echeverría
Universidad Complutense de Madrid
fecheverria@ucm.es